

Universidad, crisis y comunicación

Entre el ruido, la confusión y el incesante parloteo que domina una parte considerable de la trama cultural contemporánea, la Universidad enfrenta el desafío de continuar estimulando el ejercicio de pensar. Para muchos ese desafío constituye el núcleo mismo de la crisis que, según todas las voces, atraviesa la enseñanza superior. Pero si es unánime la aceptación de la crisis, los signos que la muestran representan valores fuertemente disímiles según quienes sean los observadores. En consecuencia, los caminos que se propician, a partir de diagnósticos inseguros, suelen diferir de manera sorprendente. Tal es el rasgo de la crisis.

La peor hipótesis en la que podríamos instalarnos es la de aceptar que el estruendo, la liviandad y el apresuramiento sofoquen la reflexión, cuya práctica requiere pausa y silencio. Los riesgos de que esto ocurra no son menores: con descomedido ritmo, instituciones y personas se han ido plegando a formas de razonamientos derivadas de la resignación más que del entusiasmo por la sabiduría. El conocimiento retrocede ante cierta práctica de la comunicación que ha instalado el predominio mediático. Hasta las zonas aparentemente más protegidas fueron contagiadas y un alarmante sentido común asecha en los pasillos mundanos tanto como en los académicos. A la argumentación se opone la cómoda repetición de consignas. El concepto de justicia parece reemplazado por precarias sospechas consensuadas. La búsqueda de la verdad (que, cualquiera sea su forma, nunca rehuye la fatiga de la indagación perseverante) es sustituida a menudo por la mera adecuación instrumental a determinados objetivos. La memoria, lugar de reconocimiento donde se construye la identidad de cada uno, suele ser desplazada por la aceptación de comportamientos automáticos que responden a un orden previsible. Se inventan identidades efímeras que responden a requerimientos de un modelo de agrupamiento mercantil más que a sedimentaciones de prácticas culturales comunes. El contacto, figura de remembranza tecno-eléctrica, substituye al sentido ontológico de lo compartido, que está cerca de comunión, donde la palabra comunicación había aprendido su grandeza.

La actual práctica mediática de la comunicación no sólo ofrece al mundo como espectáculo sino que ella misma se postula como mundo y como espectá-

culo. La Universidad, desde esta perspectiva, es entendida como parte funcional de ese conjunto que diariamente se construye. La tentación de creer que sólo es parte del mundo si se hace digna del espectáculo mediático, podría significar para la Universidad una catástrofe sin regreso. Por lo contrario, la Universidad verdaderamente se realiza en el esfuerzo constante por analizar la significación del mundo que se ofrece con aquel rostro. En última instancia la relación entre Universidad y comunicación no debería ser conflictiva. Los conceptos nacieron con significados entrelazados: ambos alojan un sentido de *comunidad*. Ambos apetecen la totalidad. La comunicación como rasgo de lo humano del ser humano que requiere, necesariamente, del reconocimiento del otro como condición de existencia. La Universidad, como espacio de interés universal, de interés por todas las cosas del mundo. La comunicación, identificada sólo con el proceso de creciente cosificación que niega la dimensión esencial del ser humano y la Universidad, proyectada como instrumento habilitante de un modelo social que sólo tiene como mira y como ideal la perfección del intercambio mercantil, reniegan de sus significaciones originales.

Ninguna tarea sería más digna que tratar de recuperar los conceptos primordiales que encierran los términos “universidad” y “comunicación”. Vuelta atrás que ayudaría a evitar el salto al vacío que la humanidad está consumando y para el cual se fue preparando durante largos años. Ninguna tarea, sin embargo, parece más alejada y dificultosa cuando la dignidad ha desteñido su intensidad entre los valores fundantes del actuar de los hombres. Las palabras pueden sonar duras: tienen la misma consistencia de los males que se intenta neutralizar. La negación del nihilismo exige abandonar los eufemismos tranquilizantes. La crisis no admite únicamente una pasiva adaptación a conductas e ideas que parecen irrefrenables. Y aunque lo fueran, aunque hoy representen una fuerza inexpugnable, el pensamiento no debería aceptar que era la única posibilidad. Ni que necesariamente representan la verdad. Hace 2500 años Sócrates dejó planteado el dilema para siempre. Su propia vida, es decir, su propia muerte, fue un argumento paradigmático en favor de la imaginación, es decir, del triunfo de lo inesperado.

Héctor Schmucler